

En los Estados Unidos hay extranjeros de todos los países, y esto ha contribuido mucho á su progreso y adelanto, porque la emigracion europea siempre ha sido provechosa en todas partes.

Eran ya los últimos dias que pasábamos en Nueva York, cuando fuimos invitados por Marta, para pasar un dia á su lado. Aceptamos gustosas la invitacion, y fué entonces cuando nuestra buena amiga nos terminó el relato de su interesante historia, que nosotras nos apresuramos á referir á nuestros lectores, pues los juzgamos interesados en saber, cuál fué el fin de nuestra simpática y desventurada amiga.

Sin embargo, como su conversacion no fué tan pequeña, debemos concluir este capítulo, para dar principio al siguiente con el término de su historia.

CAPITULO XVI.

Últimos dias de nuestra permanencia en Nueva York. Termina Marta la relacion de su historia. Nuestra visita al cementerio de Bronklin: impresiones, y objetos que llaman la atencion; ornato de algunos sepuleros, y sencillos adornos de otros. Cartera encontrada en el césped cerca de un sepulero.

Los últimos dias que se pasan en una poblacion son siempre fatigosos, porque entonces como que lo queremos abarcar todo, y si nos ha faltado algo que visitar, no descansamos hasta tener la satisfaccion de decir, hemos visto lo mas notable de esta ciudad.

Esto era lo que á nosotras nos sucedia; y por mas que distribuíamos desde temprano el tiempo, este se nos hacia pequeño, para poder llenar todos nuestros deseos.

Como hemos dicho á nuestros lectores, á pesar del poco tiempo que nos quedaba ya de permanencia en Nueva York, habíamos ofrecido

á Marta acompañarla un día entero, y sin pensar cumplimos nuestra oferta, porque el interés de la amistad es siempre firme, y ella nos hacía desear vivamente saber la conclusión de aquella historia, que más de una vez nos había arrancado tantas lágrimas. Cumpliendo pues con este deber de grata amistad, nos dirigimos al hotel, y después de los primeros saludos, Marta prosiguió en estos términos su relato:

«Dejé á vdes. según recuerdo, en los momentos más críticos que he tenido en mi vida, en esos crueles instantes, en que me era forzoso tomar una resolución seria, bien porque mi existencia se hallaba en un inminente riesgo, ó bien porque la suerte de mi Julia era también en extremo horrible.

¡Ah!.... aun en estos momentos siento algo de terrible, al pensar lo que hubiera sucedido si se cumplían los proyectos de mi esposo!.... mi pobre niña quizás habría permanecido toda su vida en un hospicio, entregada más tarde á los rudos trabajos de la gente del pueblo, criándose en medio de ella, recibiendo sus impresiones, su educación, sus costumbres. ¡Dios mío! este pensamiento solo me causa una impresión indefinible!

Nó; me era imposible consentir en él, y no sé

si hubiera preferido la muerte de mi hija, ántes de verla así abandonada!.... Como refería á vdes., tenía aquella mañana entre mis brazos á Julia, cuando me ví asaltada por los funestos pensamientos que he expresado, las fuerzas me faltaron, y por espacio de dos horas permanecí como aletargada, y puede decirse que sin pensar... sin gemir... ¡mi situación era horrible!

Los rayos de la aurora me hicieron volver en mí: es preciso trabajar, me dije interiormente, el día ha comenzado, y debo prepararlo todo, porque si no, tal vez esta misma tarde sucederá lo más lamentable y espantoso que pueda la mente concebir.

Pero ¿qué es lo que debo hacer Dios mío? no lo sé; y sin embargo, lo que es indispensable, en lo que no puedo vacilar, es en abandonar esta casa. ¡Oh! si, esta casa testigo de todos mis tormentos, mas ¿cómo hacerlo? no tengo en mi poder ningún dinero; y cuando esta pobre criatura muerta de hambre en medio del camino exija su alimento, que no podré darle por mi falta de nutrición; ¿qué haré ¡Dios Eterno! ¿qué haré?

Luego ¿á dónde dirigirme? salir de la ciudad es bien expuesto; Arturo apenas note mi ausencia, me buscará con ahinco, y si me encuentra, soy

perdida sin remedio! ¡oh! no lo dudo; él mismo me daría la muerte, quitándola ántes en mi presencia á esta niña, ¡á esta preciosa criatura! á ella que es la mitad de mi existencia!

Por otra parte, con mi partida lo dejo también dueño absoluto de mi fortuna, porque desgraciadamente en su poder se encuentran todos los papeles de mis padres, en los que me legaron sus bienes, y apénas yo desaparezca, él romperá estos papeles, y dirá que los bienes son suyos, ¿cómo negarlo? y mientras tanto, yo permaneceré sin tener una moneda con que atender á mi existencia y á la de mi hija!

Julia se quedará pobre, no tendrá nada; sus ricas posesiones, su pingüe herencia, todo lo habrá perdido: ¡pobre hija mía!.....

¡Ay! amigas queridas, vdes. no se pueden figurar lo horrible de mi situacion en tan fatales momentos. No se podría negar que era yo la mas desgraciada de las madres, y una mujer doblemente infeliz! no tenia mas consuelo que llorar; y ¿de qué sirven las lágrimas, en momentos tan críticos como aquellos por los que yo pasaba? ¡llorar!.... ¡consuelo necio! puesto que el llanto en mil ocasiones no sirve sino para traicionarnos!....

Las seis de la mañana sonaron, y yo nada hacia aun.....

El día pasa en un momento pensé, y si no lo aprovecho; ¡tendré que lamentarlo, y sin embargo será ya tardel...! ¡demasiado tardel...!

¿Qué debo hacer pues? es preciso formarme un plan, así como ellos se formaron el suyo; ¿formarme un plan? y ¿está mi cabeza para ello? Si no puedo fijarme mas que en mis infortunios; ¿cómo he de poder tener calma para combinar y formar un plan?

Si tuviera yo alguna amiga, correría á su lado, le participaría mi situacion angustiosa, y ella me prestaría su ayuda, sus consejos; pero no tengo á nadie en el mundo! mis parientes no se interesan por mí, se han acostumbrado á ver mi indiferencia, y no me aman; ¡tienen razon!

Amigas, no las tengo; las de mi infancia las perdí... las de ahora solo lo son de nombre, nó, no tengo en el mundo mas que á tí vida mia, exclamé dirijiéndome á Julia, y ¡es á tí! á tí á quien debo proteger, y no puedes aun prestar consuelo á la que pretenden arrancar de mis brazos para dejarte sola en el mundo! ¡desdichada! no, esto no será; ¿pero qué haré contigo?

Si fuese yo sola en sufrir, estaría tranquila y serena; ¡pero tú!... oh, no puedo estarlo, esto es imposible! y al hablar así, llena de agitacion me paseaba yo violentamente por mi pieza en esta-

do horrible de exaltacion. Repentinamente tomé un partido, comencé á recojer la mejor parte de la ropa de Julia, y algo de la mia, coloqué todo aquello en un cofre con gran cuidado; puse tambien mis alhajas, los recuerdos de mis padres, y todo lo que tenia de querido en el mundo, y cuando hube concluido me sentia ya más tranquila.

Las ocho sonaban en el vecino templo, Julia dormia profundamente; me acerqué á su lecho, imprimi en su frente un tierno beso y saliendo de mi pieza entré en mi gabinete, tomé en mis manos una pluma, y con mano trémula trasé las siguientes líneas.

Arturo:

Todo lo sé, y hoy se presenta ante mi vista can la careta descubierta, el fugado de Ceuta, el infame presidiario que trataba esta misma tarde, de coronar sus crímenes con la mayor infamia, asesinando á su esposa y abandonando en un hospicio á su inocente hija, para poder gozar de una fortuna que no le pertenecia, y que al precio de la sangre habia adquirido..... ¡todo lo sé.....! no ignoro uno solo de tus crímenes: en mis manos están las cartas todas de mi padre, con las cuales puedo perderte!... dá un solo paso, y las depositaré en manos de la justicia, y entonces en

un patíbulo afrentoso, pagarás la enorme deuda de tus faltas.

No te dirijiré una sola queja, porque mi corazon solo desprecio puede abrigar por un hombre tan infame!..... no intentes buscarme, porque cuando leas esta, yo habré abandonado la casa para siempre, y estaré en un lugar fuera de tu alcance: ya no eres mi esposo, Arturo, ni tampoco eres padre de mi hija. Ella no llevaria jamás un nombre que la cubriera de infamia; y tú no volverás á vernos jamás.

De mi cuantiosa fortuna he puesto ya en manos de un juez mis disposiciones, y el dia que tú intentases tomar de ella alguna parte, el magistrado abrirá un pliego cerrado que en su poder se halla, y entonces se impondrá de las causas que me obligan á tomar la resolucion que hoy tomo.

En cuanto á mí nada me resta que decirte, pues no tengo que darte cuenta de mis acciones; sin embargo, quiero advertirte por via de consejo: que la pendiente que sigues es resbaladiza, y peligrosa..... en su término se encuentra el caldoso.... ¡no lo olvides! Arturo, vuelve en tí; por medio de la honradez y el trabajo puedes vivir dignamente; huye del crimen, él es el camino de la infamia, del presidio y de la muerte.

No olvides que tu vida, que tu destino está en mis manos; yo vigilaré siempre tus pasos;— al menor motivo todo será entregado ante los tribunales, y entonces ¡ay! de tí! en todos los países hay justicia y castigo para el criminal! tan solo una conducta ejemplar puede salvarte;..... ¡aun es tiempo! piénsalo bien.....yo soy árbitra de tu existencia, y tan solo un sólido y verdadero arrepentimiento te alcanzará ante Dios, el perdon de

MARTA.

Cuando hube concluido esta carta, la leí repetidas veces, y colocándole despues mi sello, la puse en un sobre que dirigí á mi esposo. En seguida extendí una acta, dejando á Julia toda mi fortuna: esta acta debia copiarla un notario, y como yo iba á emprender largo viaje, quedaria en poder de un magistrado, que se apoderaria de mis bienes todos, protejiéndolos, y amparándolos con la ley.

Despues de tomadas estas resoluciones, me encontraba yo mas tranquila, eran las nueve de la mañana.

Volví á la cuna do reposaba mi hija, Julia dormia aun: ¡pobre niña! dije contemplándola, ¡duerme aun! ¡duerme tranquila! estás tan distante de prevéer el peligro que te amenaza....pero ¡ah!...

tú tienes una madre, puedes tranquila reposar... yo soy huérfana, y nadie se interesa ya por mí en el mundo!...

Al hablar así, sequé dos lágrimas que el recuerdo de mis padres me habia arrancado, y reponiéndome despues, comencé á vestir á Julia, que en aquel instante despertaba; peiné su sedoso cabello, arreglé mi traje, y á las diez nos dirigimos al comedor donde nos esperaba mi esposo.

Arturo al vernos, vino á mi encuentro, y tomando á Julia en sus brazos, ven' hija mia, le dijo: ¡Cuán bella estás! cuán prodiga ha sido contigo la naturaleza en sus dones!

Hoy cumple tres años ¡no es verdad Marta? Sí, contesté vacilante.

Pues bien, es preciso festejar de algun modo á esta niña; es necesario que este dia no se asemeje á los demás.

Mira, me dijo entónces, dispon una buena comida, porque quizás tengamos una ligera fiestecita hoy. Ten cuidado de que se arreglen las salas, y en fin, que todo esté listo ¡me comprendes?

Sí, Arturo, contesté á mi esposo.

Y tú Marta, añadió, no salgas hoy con la niña, pues yo quiero acompañaros esta tarde al paseo, y así me parece mejor dejar para esa hora

el recreo de la salida, con eso puedes entretanto prepararlo todo con calma.

Pero, contesté entónces, con un tono lleno de timidez; habia prometido á Julia sacarla tambien en la mañana, para comprarle muchos juguetes, y me seria muy amargo no cumplir esta promesa, que tiene llena de ilusion á mi pobre hija!..... Si te parece saldremos temprano, con eso estaremos aquí pronto de regreso.

Mi esposo quedóse un momento pensativo, mas luego murmuró.

Pues bien, saldrás un rato por complacer á Julia; pero aprovecha para ello estas horas, dando ántes tus órdenes, porque el convite tendrá lugar á las tres de la tarde.

¿Para cuántas personas es la invitacion? pregunté disimulando. Serémos doce en la mesa, me contestó.

Bueno, voy á disponerlo todo, dije, y me dirijí á la cocina, donde efectivamente ordené que se aumentase considerablemente todo, ó mas bien que se dispusiese al gusto una comida para doce cubiertos.

Al mozo ordené que pusiera estos asientos, y luego me dirijí á mi esposo para pedirle la llave de la caja. Siempre teniamos en ella sobre diez mil pesos, entre billetes de banco y oro: tomé

todos los billetes que encontré, y que formaban la suma de nueve mil pesos, luego llené de oro una pequeña bolsa, en la que entraron dos mil ciento cincuenta pesos, cerré de nuevo la caja, y no devolví la llave, porque temí que Arturo quisiese ir á ver algo.

Hecha esta operacion me dirijí á mi recámara, tomé una cartera, puse en ella los billetes de banco; entregué á los criados lo necesario para que pudiesen disponerlo todo, y en seguida comencé á vestirme para la salida. Sentéme luego un momento á meditar, y me dije: esta es la única vez que puedo salir antes de huir de aquí, y será por tanto preciso dar algunos pasos para prepararlo todo; debo tomar los asientos en la diligencia, para poder llegar cuanto ántes al puerto, y partir sin peligro.

Sin embargo, esto no es quizas posible, porque si no hay algun buque que esta misma noche parta, ¿no sé lo que me sucederia! me buscarian con ahinco, y pronto darian conmigo,

Me fijé entónces en preguntar por medio del telégrafo, si debia partir inmediatamente algun vapor.

Con esta determinacion concluí de arreglarme, puse á Julia su sombrerito, y la tomé en mis brazos: no queria que me acompañase ninguno, y pu-

de lograr en efecto el cumplimiento de mi deseo.

Serian las doce cuando salí de la casa, y me dirigí al telégrafo, puse el parte, y se me contestó, que al siguiente día no salía vapor alguno, y que solo levantaba el ancla un buque de vela americano, que se dirigia á la isla de Madagascar: esta noticia me embarazó, y me dió gusto al mismo tiempo, mas como mi intento era huir de las pesquizas de mi esposo, dí orden para tomar el pasaje de un caballero que debia ir justamente á ese punto, y que me avisarán por telégrafo la partida del paquete inglés, para que pudiese trasladarme á tiempo con mi familia.

Dado este paso, con el objeto de desorientar á mi esposo en sus averiguaciones, me dirigí á la casa de diligencias, y pregunté cuando salian éstas para el puerto, Se me contestó que al siguiente dia; pero que esa tarde salia el carro-correo que precisaba llegase pronto al puerto, y que caminaría noche y dia. Esta noticia me halagó sobre manera; tomé dos asientos en el carro-correo y me fuí en busca del notario. Llegué á la oficina en que este se hallaba, hice que pusiera mis disposiciones conforme á la ley, y tanto el testamento como un pliego sellado, los dejé en manos del juez, suplicándole que tres dias despues quitase á mi esposo la administracion de mis bienes por ra-

zones bastante poderosas que exponia sin comprometerlo; sin embargo, además de entregarle el pliego sellado, dijele que era un sagrado depósito que le confiaba, y que no rompiese aquel sello antes de recibir una carta mia, en que expresamente lo autorizara para efectuar ese paso. Luego compré á Julia muchos dulces y juguetes, y regresé á mi casa, eran las dos de la tarde y Arturo impaciente ya me esperaba.

Mucho has tardado, Marta, me dijo al verme entrar, y la verdad estaba ya inquieto.

Yo sonreí tiernamente á mi esposo: tranquilízate, le dije, todo está dispuesto, y solo me voy á vestir para esperar á los convidados, toma la llave que llevé olvidada: al decir estas palabras metí con naturalidad la mano en mi bolsa, y fingiendo una grave sorpresa al no encontrarla; la he perdido, exclamé, corre Arturo, vuela, tal vez la halla olvidado en el almacén donde compré á Julia los juguetes y los dulces! ¡Anda, no tardes!

Mi esposo se puso lívido.

Perder la llave de la caja! ¡Oh Marta, eso es muy sério! No, preciso es encontrarla!

Así hablando Arturo tomó su sombrero, y salió precipitadamente de la casa.

Yo aproveché esos momentos: Si permanezco aquí hasta la hora del convite me dije, soy per-

dida, porque llega la hora del paseo, y ya no puedo salvarme!

Fija en esta idea envíe á traer un carruaje del sitio, mandé que en él colocasen la maleta que tenia dispuesta; en seguida tomé á Julia en mis brazos, y bañada en lágrimas abandone para siempre aquella suntuosa casa que tantas comodidades me ofrecia, y que tenia para mí tantos recuerdos.

¡Ay! amigas mias, no podré pintar á vdes. todo lo que sufría en aquellos instantes fatales; la incertidumbre, el temor..... la amargura..... todo turbaba mi alma!

Marta secó dos lágrimas que sus tristes recuerdos le arrancaron, y despues de un momento de silencio continuó.

Cuando me hube resuelto, cubrí mi rostro con un velo, y vestida con un traje negro, salí de mis apaatamentos.

En aquel instante un criado apareció á la puerta, el coche espera vuestras órdenes, me dijo respetuosamente.

Bien está, contesté conmovida; cuando mi esposo vuelva, le entregarás esta carta, y le dirás que he partido: el criado se inclinó al tomar la carta, y yo, cogiendo á Julia en mis brazos, salí con una emoci3n mas creciente: la niña me veía

sorprendida. Subí al carruaje, y dí orden de ser conducida á la casa de diligencias.

Por el camino ví muchos carruajes de los invitados que se dirigian á mi casa, y temblé al pensar en el escándalo, y en las terribles interpretaciones que darian á mi partida; pero era imposible hacer otra cosa; era preciso, para salvarme y para salvar á mi hija, partir.....abandonar el hogar doméstico.....dejar para siempre aquellos sitios.

¡Ay! quizás las mas negras calumnias se irán á promulgar contra mí, llamándome vil, sin honor, quizás adúltera!

Todo debia yo temerlo, porque la cólera de Arturo iba á ser tan grande como su ambici3n; y al ver fallidos sus planes; al encontrarse descubierto en sus mas íntimos secretos, no podria contener la violencia de su rábia, de su violento furor; pero ¡qué importaba! era necesario este paseo y no se podia evitar!

Despues que hube llegado á la casa de diligencias, hice entrar mi equipaje, y dí al esclavo una buena gratificaci3n.

Comenzaba á subir las escaleras, cuando noté una diligencia próxima ya á partir.

Como no estaba yo tranquila, pues temia que Arturo quisiese á toda costa consumir su crimen